

PANERO EN EL NIDO DEL CUCO

Leopoldo María Panero no hizo otra cosa sino convertir en literatura cada momento, la vida vivida y la vida soñada, y la muerte pensada o sospechada. Ya lo advirtió con una lucidez tan extrema como inapelable: «No usen mi torpe biografía para juzgarme». Claro que no. La biografía de un escritor es su obra. Por ahí llega el interés del lector, lo otro es anécdota.

Cuando uno busca el libro de un autor, de un autor literario, no de un productor de libros, poco le interesa si hizo esto o aquello, busca sus palabras. El Panero que hoy sigue felizmente trastornando los oscuros cielos de un orden social destartado está en su obra. Podría haber recordado las fatales palabras de Chamfort: «Yo sin mí qué bueno sería», o las de Baudelaire: «Yo no escribo, a mí me dictan», o las de Borges: «El mundo desgraciadamente es real, yo desgraciadamente soy Borges», por no regresar al origen y Rimbaud: «Yo es otro». Ya quisiera ser el que vive el mismo que escribe. El autor surge de las páginas, se adueña de ellas. El otro sólo es el que copia. Uno sueña, el otro —razón tiene Borges— desgraciadamente sólo vive. No es lo mismo.

Más allá de la laberíntica biografía, tortuosa y a ratos genial, plena de leyendas y episodios extravagantes, de doloroso sentir y errancia sin más frontera que el abismo, es la obra la que se alza al paso del tiempo; es el autor que escribió esas páginas quien se retrata en el horizonte de penumbras que configura el centón de poemas y prosas.

Al límite

Lo deslumbrante de este volumen ejemplarmente preparado por Fernando Antón es la reunión de alrededor de doscientos textos —artículos, conferencias, manifiestos, correspondencia, cartas a periódicos y entrevistas— publicados desde 1970, en los que se manifiesta un pensamiento radical, al límite. Si, como señaló Wittgenstein, «el límite de mi conocimiento es mi lenguaje», uno de los capitales asuntos que recorren *Prosas encontradas* es el límite, la apropiación por parte del Poder del lenguaje. El loco puede errar, pero nunca mente.

«El nido del cuco» fue la sección que desde el 2 de mayo de 1987 hasta el 19 de junio de 1993 Panero publicó, cada quince días, en ABC, y es ahí donde la esencia de su pensamiento se muestra con una coherencia escalofriante, siempre en torno a la Filosofía, la Psiquiatría y el Psicoanálisis, pero siempre, también, con una deriva literaria en la que se enlaza la ensañación con la búsqueda de lo que Fernando Antón denomina «el hombre total».

Magia y brujería

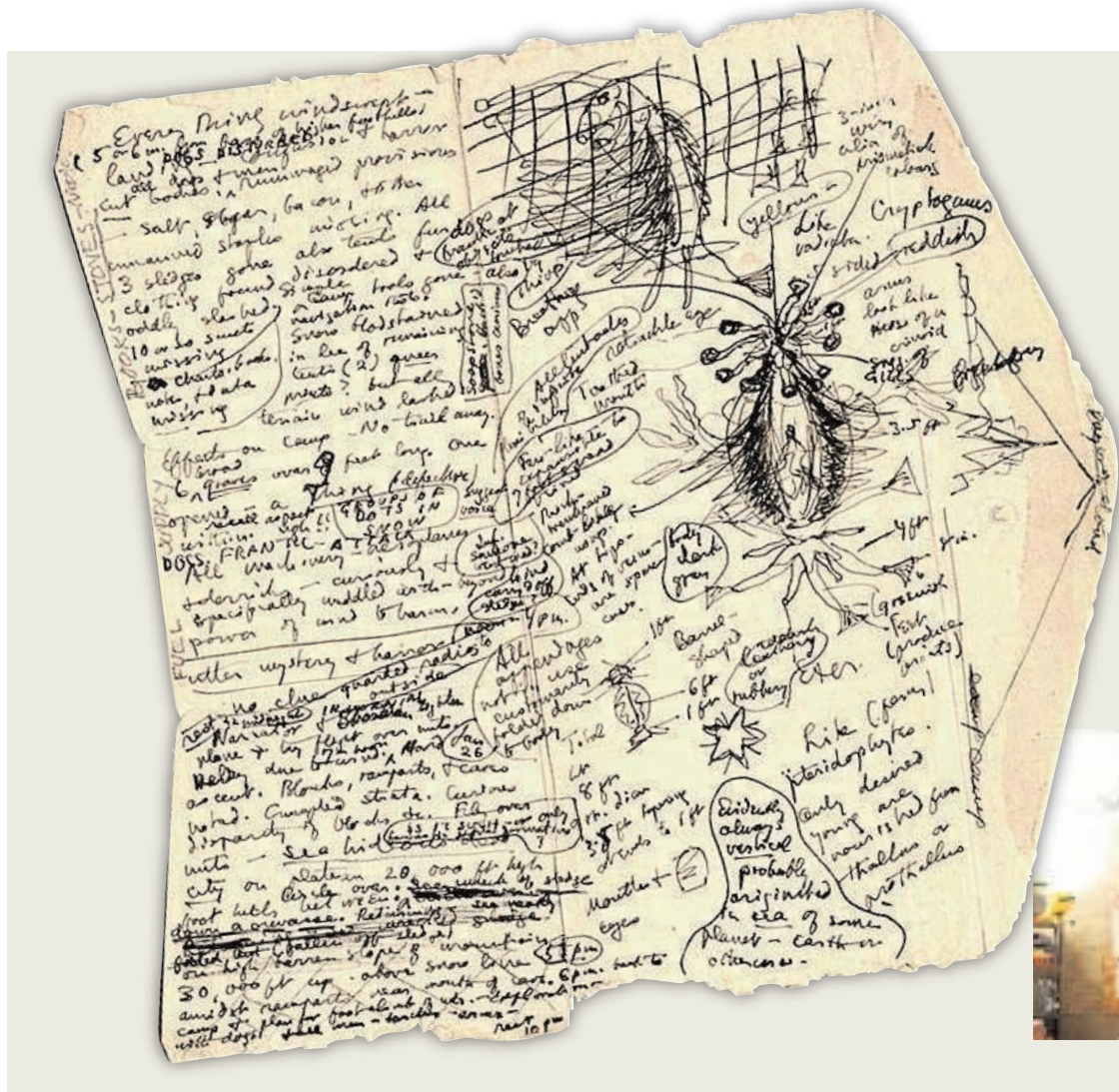
Nietzsche, las drogas, la locura, Kandinski, el miedo, Hegel, Lacan, el monstruo, el sinsentido de la vida, la muerte del héroe, el yo y el otro, Nijinsky y Artaud, el destino, el Golem, la esquizofrenia, la soledad, Van Gogh, el vampiro, Auschwitz, la desaparición de la ética, Lovecraft y Blake, lo cursi, John Lennon, la magia y la brujería, Mallarmé, la máscara, el confinamiento, la bebida, los manicomios, el arte como ruina, la venganza, el *clochard*, la metamorfosis, la identidad, la medicina y el mal, Faulkner y Kafka componen un recorrido extraordinario sobre el presente y los fantasmas de un escritor sin arrepentimientos ni fingimientos.

Aparecen textos inéditos, logrados gracias a la generosidad, reconocida por el editor, del biógrafo de Leopoldo María Panero, J. Benito Fernández; una conferencia, tres versiones distintas de un manifiesto, un escrito y un inquietante y desasosegador diario; además, el volumen se cierra con una entrevista de 1977 de Panero y Biel Mesquida a Jaime Gil de Biedma, extraordinaria. Maurice Blanchot se preguntó: «¿Qué es un libro que no se lee?» y la contestación era obvia: «Algo que todavía no está escrito». Ahora, estos textos vuelven a escribirse.

FERNANDO R. LAFUENTE

PROSAS ENCONTRADAS LEOPOLDO MARÍA

PANERO
Edición de Fernando Antón
Visor, 2014
24 euros
★★★★★



LOVECRAFT SÍ TENÍA MÓVIL

Nadie describió el horror como Lovecraft, un autor que no es que regrese: es que nunca se ha ido. Y que, por cierto, inventó (o por lo menos anticipó) otro «horror»: el teléfono móvil

Cuando pensamos que Howard Phillips Lovecraft (Providence, 1890-1937) vuelve a volver, en seguida descubrimos que, en realidad, no se ha ido nunca. Porque los horrores subterráneos y astrales del paranoide Lovecraft —junto con el traslado de lo anormal a lo cotidiano de Rod Serling y su escuadrón de formidables guionistas/escritores en *The Twilight Zone*, los androides defectuosos de Philip K. Dick y el pastel de cerezas de David Lynch— probablemente hayan sido y sigan siendo uno de los grandes hitos (de)formadores del espano norteamericano.

Así, todo el tiempo, el muy influyente Lovecraft resurge en editoriales especializadas y «de prestigio»; en novelas como *Mr. X* y *A Dark Matter*, de Peter Straub (Straub fue quien editó el volumen con el que no hace mucho la Library of America elevó al creador del Gran Cthulhu a los altares de los clásicos nacionales, junto al Yoknapatawpha —otro nombre difícil de pronunciar, otra geografía gótica y turbulenta y rebosante de linajes malditos— de Faulkner); en fantasías ibéricas como *La piel fría* o aquellas de Rodolfo Martínez que lo unen a Sherlock Holmes y lo traen a los campos de batalla de la Guerra Civil; en las reso-

nancias de la *lingua* vampírica de la reciente *Doctor Sueño*, de Stephen King; en ese falso cuento póstumo de Lovecraft que un despectivo Borges dijo haber «perpetrado» en *El libro de arena*; o, por supuesto, en el tan cacareado y centrífugo y cosmogónico final de la serie televisiva *True Detective*. Como a ese final, a Lovecraft, por principio y desde siempre, se le ama o se le odia, se le admira o se le desprecia, se le considera infantil y pasajero o ancestral y eterno.

Lo que nos lleva a esta nueva encarnación —más una novela *trip* que un libro de viajes— del vagabundo onírico Randolph Carter, álgico alter ego del au-

BANANA YOSHIMOTO POR DENTRO

Con sus miedos, sus complejos y su indecisión ha escrito Banana Yoshimoto «Un viaje llamado vida»

El último libro de Banana Yoshimoto pertenece a un género muy antiguo dentro de la literatura japonesa. Aunque ella misma no establece ninguna relación directa con sus ilustres predecesoras, me parece que no es del todo disparatarlo ponerlo en la línea de los «Libros de almohada» de las damas del periodo clásico.

Un «Libro de almohada», como el célebre de Sei Shonagon o el de la dama Sarashina, por ejemplo, son obras similares a diarios en los que una mujer apunta sus impresiones, sensaciones, pensamientos, preferencias, gustos y disgustos. He dicho similares a diarios ya que no diarios: el recuento cronológico o la expresión excesivamente directa no parece conveniente a estas almas increíblemente formales y púdicas. En efecto, estos libros, como también el de Banana Yoshimoto, nos hablan de la esfera más íntima y privada de la vida femenina, de los ensueños y sensaciones más directas y personales, pero al mismo tiempo parecen revestidos de un aire de meditación y de distancia.

El viaje de la vida es un libro de recuerdos, de afinidades y de sensaciones. La personalidad y la presencia de la autora llena las páginas de tal modo que podemos sentir el calor de su proximidad física, casi su olor. Se trata de una personalidad única, como lo son todas, y al mismo tiempo desespera-

damente común. Quizá en esto radique su atractivo. Banana Yoshimoto, autora mundialmente famosa, tiene manías, temores y pequeños complejos como todos nosotros, se propone cosas que luego no lleva a cabo, es vaga e inconstante, es miedosa e indecisa y nos confiesa sin el menor rubor que siempre se plantea documentarse para sus libros y luego no lo hace por falta de ganas.

«Un exitazo»

Este es, en gran medida, un libro de viajes, pero los viajes de Banana Yoshimoto son tímidos y moderados. Todo sucede en agradables hoteles y en bonitos balnearios, y si puede encontrar un establecimiento de tipo japonés en mitad de Italia, pues mejor que mejor. Es raro hacer un viaje por un país extranjero y no tener la sensación de la aventura o del misterio. Las sensaciones de la escritora en Egipto o en Italia, con sus alimentos

exóticos y flores perfumadas, resultan al mismo tiempo curiosamente matizadas.

Qué curiosas son, por ejemplo, las reflexiones de Yoshimoto cuando compara Italia con Japón. Uno esperaría más garra, más ingenio. La escritora cree percibir que en Italia las cosas se dejan un poco más al azar que en Japón, y se lamenta de que en Tokio no haya caóticos y ruidosos restaurantes al aire libre como en Italia, añadiendo que establecimientos así serían en Japón «un exitazo». Hemos de suponer que la traducción de Rumi Sato reproduce el estilo del japonés de Yoshimoto, coloquial y juvenil.

Postal pop

O vayamos a otra parte del libro y leamos las observaciones de Banana Yoshimoto sobre la maternidad. La joven madre asiste a un «lugar» en el que se reúnen mujeres en periodo de lactancia. En este lugar las madres daban el pecho a sus hijos, nos dice la autora, «cada una con el aspecto de estar convencida de “mi bebé es el más importante” (algo que es totalmente natural), convencimiento egoísta en cierto modo». ¡Qué forma tan extraordinaria de decir las cosas!

Banana Yoshimoto se hizo famosa con su primer libro, *Kitchen*, una postal pop realmente encantadora. Muchos libros después, su escritura no parece haber avanzado mucho ni haber ido mucho más allá. Hay algo conmovedor en su falta de afectación, en su deleite en los placeres sencillos de la vida, especialmente la comida, un tema para ella infinitamente fascinante. Encanto, melancolía, la nostalgia de los «buenos momentos», el amor a los animales, las sensaciones del cuerpo, todo en un tono menor curiosamente cálido y afelpado, como la barriga de un gato.

ANDRÉS IBÁÑEZ

UN VIAJE LLAMADO VIDA BANANA YOSHIMOTO

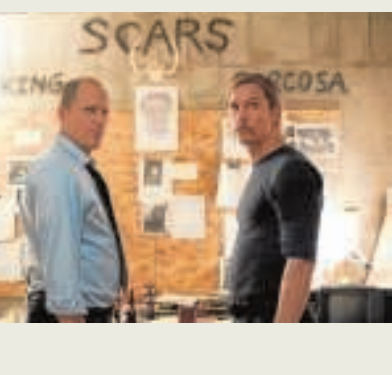
Narrativa
Trad. de
Rumi Sato
Satori, 2014
17 euros
★★★★



UNA HERENCIA QUE NO CESA

El influjo de Lovecraft (arriba) llega hasta nuestros días. Se rastrea, por ejemplo, en la última novela de Stephen King o en la serie de televisión «True Detective» (abajo).

A la izquierda, manuscrito de Lovecraft



es que se resienten un tanto al no estar acompañadas por las ocre y ominosas y asfixiantes postales de este lado, del lado real, del lado *despierto*.

Lovecraft, a mi juicio, siempre funciona más y mejor – pensemos en «El color que cayó del cielo» o en «El horror de Dunwich»– cuando son sus feroces y gelatinosas deidades las que vienen a nosotros en lugar de nosotros a ellas. Por otra parte, en lo que hace al urbanismo lisérgico, esta Kadath no le llega ni a los zócalos a la ciudadela antártica de *En las montañas de la locura*, una de las más altas cumbres jamás escaladas por este hombre que siempre tendió al exceso sin planos, a la adjetivación más allá de todo límite, a describir demasiado lo que sería mejor apenas entrever o intuir. Un ejemplo: «El condenado y desesperado soñador saltó de esa abominación hipocefálica y cayó a través de vacíos interminables de oscuridad sensible». ¿Quién da más?

El gran escalofrío

Se extraña aquí, más que nunca, esa brevísima y concisa pesadilla que es «La declaración de Randolph Carter», en la que Lovecraft estrena el personaje. Y allí lo lleva no muy lejos, a un viejo cementerio al que se llega caminando desde su casa y donde –cabe pensar que H. P. estuvo aquí muy inspirado pero, también, inesperadamente profético– el gran escalofrío pasa por apenas una voz indeseable al otro lado de una línea telefónica portátil.

Sí, Lovecraft vio antes que nadie el amorfo, omnipresente y tentacular horror de los teléfonos móviles de nombres raros a los que hombres y mujeres parecen hoy rendir culto. Esos aparatitos cada vez más poderosos y divinos que nos hacen pensar que la vida es pesadilla. Y que, al sonar en todo momento y a cualquier hora, nos reclaman para descubrir que no somos sus dueños, sino sus poseídos en trance. Entonces –como Randolph Carter, en la última página y de regreso a su habitación en Boston– nos despertamos gritando.

RODRIGO FRESÁN

LA BÚSQUEDA EN SUEÑOS DE KADATH LA DESCONOCIDA

LOVECRAFT
Narrativa
Trad. de Javier Guerrero
Alpha Decay,
2014. 19,90
euros ★★★★★



tor (sensible, hipocondríaco, recluso, xenófobo, siempre listo para el tránsito astral y traviesamente emparentado por Alan Moore y su «liga de hombres extraordinarios» con el marciano adoptivo John Carter de Edgar Rice «Tarzán» Burroughs) y uno de los personajes recurrentes dentro del universo lovecraftiano.

Feroces deidades

Su «ciclo onírico» ya fue varias veces editado en diferentes versiones y formatos en nuestro idioma. Y hay que decir que la visita a solas y por separado a Kadath –escrita en 1926 pero publicada póstumamente en 1943, y a la que Alpha Decay presenta con entusiasmo como pieza fundamental dentro del corpus del autor– es tan válida como cuestionable.

De acuerdo: como bien afirma Javier Calvo en su esclarecedor prólogo, es más que lícito y pertinente rastrear aquí la fascinación de Lovecraft por Lord Dunsany y, al mismo tiempo, puntualizar que su influencia es tan fuerte como superficial; de ahí que el supuesto discípulo se sumerja mucho más hondo que el maestro. Y de acuerdo también: aquí vuelven a estar todas esas maravillosas y tremendas visiones como surgiendo del más pesado de los sopores. Pero lo cierto, también,

